

Peping quedó atónito y no pudo darse exacta cuenta de su estado de ánimo sino cuando la criada entregó a Adela el periódico. Efectivamente, en un telegrama conciso procedente de Santa Cruz, Laguna, se relataba bajo grandes titulares el trágico suceso ocurrido en la carretera ya cerca de la capital de aquella provincia . . . "Un auto-camión de pasajeros iba a toda velocidad y quería adelantarse a un coche que resultó ser el del general del ejército filipino y cuyos ocupantes eran el mismo General y sus dos ayudantes de campo que venían de inspección. Una rueda delantera del auto-camión se desprendió, por cuyo motivo el vehículo volcó en el camino. Muchos han resultado heridos, la mayoría de ellos graves, y todos se hallan recluidos en el hospital de esta capital de provincia. No ha habido muertos. Afortunadamente el coche del general y de sus ayudantes no chocó con el auto-camión."

Adela estaba a punto de desmayarse, pero Peping la reanimó gracias a sus conocimientos en la ciencia médica, pues había estudiado hasta el cuarto año de Medicina. No había tiempo que perder. Peping y Adela alquilaron un auto y apresuradamente fueron al hospital provincial de Santa Cruz, Laguna. Tenían el propósito de trasladar a Oscar al Hospital General de Manila si los facultativos lo permitían.

El coche iba a toda velocidad, aunque a Adela le parecía que apenas ganaba distancia; los minutos que trascurrían eran para ella largos e interminables, los latidos de su corazón se hacían cada vez más rápidos . . . y a cada movimiento de su pecho al respirar parecía que el coche retardaba su vertiginoso correr . . .

Era ya de noche cuando llegaron por fin a su destino. El hospital se envolvía en un silencio auguroso; sólo de cuando en vez se oía

el quejido de algún herido o de un enfermo de gravedad.

Se vieron con el médico Director del Hospital quien les facilitó todos los datos necesarios y abrevió los trámites que tenían que hacer para verse con el herido; y como éste no tenía heridas de gravedad, consiguieron permiso de recogerle de allí y trasladarlo a un hospital de Manila . . .

La alegría que se apoderó de Adela al ver salvo a Oscar era tan grande que, sin decir palabra, se abalanzó a él y lo abrazó fuertemente, cubriéndole de besos y caricias. Peping abrazó también a Oscar y le felicitó por haberse salvado de una muerte inesperada.

Aquellos instantes fueron para Adela y Oscar el paréntesis más hermoso de su vida conyugal. Oscar se sintió el más feliz de los hombres y las nubes de dolor que empañaban el cielo de su dicha hubieron para siempre.

Regresaron. Y durante su regreso se sentían otra vez como dos enamorados que se fugasen, mientras la traviesa luna, que brillaba en la plenitud de su belleza, los acompañaba como guardián celoso

de tantos fugitivos de amor que buscan amparo bajo sus fulgores argentinos . . .

Allá en las alturas de una colina, en Santa Mesa, lugar poético y apacible, lejos del incesante bullicio de la ciudad manilana, se levanta un hogar venturoso, cuyos moradores viven contentísimos y felices. No hace mucho, ese hogar fué juguete de los vientos del destino causados por el soplo de una mutua incompreensión. Iba a ser arrasado por el fuego del odio, y gracias a que el destino mismo, por un accidente misterioso ocurrido en la carretera de Santa Cruz, Laguna, escogió al esposo a quien le carcomía la angustia de su triste vida conyugal, como instrumento de redención que comoviese el corazón de una esposa descarriada que en el fondo le amaba apasionadamente. A la desgraciada contemplación de una suprema desgracia para el ser querido, el llanto del dolor, que es el secreto impulso de la vida, despertó al amor y éste cobró nuevas fuerzas y volvió, como mansa corriente, a su antiguo cauce de paz y serenidad . . .

Nota Luctuosa

"¿Hasta cuando dejaréis de abusar de nuestra paciencia?"
Cicerón

*Diseminó la radio el vil suceso
que de luto cubrió las Filipinas
y llevaron del éter las ondinas
el dolor en las alas del progreso . . .*

*La nota triste, de la muerte el beso,
que hordas "hubalajaps" asesinas
nublaron para siempre las retinas
del amor del gran Quezon, ¡su embeleso. . . !!*

*Si el afán de vivir desesperaba
al comunismo que su garra clava
en romances de aquel libertador,
el tagalo viril grita y reclama,
por lucha sin cuartel, rugiendo brama,
¡Venganza, muerte y odio al malhechor!*

PEPITO JUAN.

Manila 23 de Abril, 1949.